

El silencio: un programa político para desarmar en nuestras vidas

De la mudez tradicional, de la mirada furtiva, del silencio histórico se sale como se puede, cuando hay fervor por salir. En ocasiones no se puede, pero se hace el intento ¿quién no lo ha hecho?... Hay mujeres que han soltado la mordaza vía la locura, la religión, el arte, la santidad, la enfermedad, la caridad, la rendición e incluso la muerte. ¿Por qué no habrían de salir algunas del silencio por la vía más directa, la de la palabra?.

Angélica Gorodischer[i]

Hemos andado muchos caminos en el silencio más absoluto, de palabras impronunciadas, gestos inasibles, besos imposibles susurrados al aire, de vidas sofocadas en el trazado de mudas experiencias.

Y cuando una se dispone, pone el cuerpo contra ese olvido no inocente y mayúsculo, éste gime los dolores multiplicados en ese silencio tan vasto que recorre cada minúsculo movimiento apretado en el cuerpo.

Aprendimos a callar, a parecer, o a no parecer, a odiarnos, a invalidar lo que pensábamos, a enterrar lo que sentíamos, a escuchar la sanción de nuestro crimen, o a escuchar sólo silencio.

Pero cuando se dice no, se nombra la palabra negada, el registro se hace más fino, más minucioso, y encuentras allí en lo obvio las razones del silencio.

El fuego ha sido el destino de muchas, el encierro el de otras, la inexistencia el de casi todas, y yo no voy a consumirme esperando el mío. No quiero esperar más porque es en la espera donde me quieren, inalterable, abstinencia de palabras, domesticando mi deseo, jugando a la tramposa existencia en la omisión y el disimulo. Quiero, como plantea Rich, serle “infidel a esta civilización”.

“Todo lo que no es nombrado, no descrito en imágenes, todo lo que se omite en las biografías, lo censurado en las colecciones de cartas, todo lo que se disfraza con un nombre falso, lo que se ha hecho de difícil alcance y todo cuanto está enterrado en la memoria por haberse desvirtuado su significado con un lenguaje inadecuado o mentiroso, se convertirá no solamente en lo no dicho sino en lo inefable”. (Adrienne Rich)[ii]

Las voces tejen el secreto y me lanzan al lugar de lo inefable, y yo me defino precisamente por lo que otra/o (acaso vos?) no me permite ser. Vengo pensando, desde hace algún tiempo, en algunas cuestiones en torno al silencio de las lesbianas, sobre las que intento escribir para no permanecer en la complicidad. Dado que “la actividad creativa e intelectual de las mujeres se ha caracterizado por un nexo recurrente entre conocimiento y reclusión, escritura y silencio”, (Teresa de Lauretis), practicar una escritura desde las diferentes coordenadas situacionales en las que suelo posicionarme, como lesbiana, como feminista, como maestra, en tanto no hay una forma totalizadora del yo, es una forma de combatir los violentos

consorcios entre la ley paterna, las políticas de los estados criminales y las formas del enmudecimiento. Combatir remite a un lenguaje bélico, un lenguaje patriarcal, lenguaje con el que he aprendido a hablar, contra el que hablo, contra el que callo.

Y en este sentido, “si logramos el hábito de la libertad y el coraje de escribir exactamente lo que pensamos”(Virginia Woolf)[iii] podemos transformar la voluntad de silenciar en una amenaza para la heterosexualidad, emprendiendo una militancia contra los sentidos únicos.

Luchar contra el ojo ajeno que sanciona, que censura, pero principalmente lidiar contra el propio ojo que vigila, que auto-disciplina; enfrentarse con los propios miedos; ésta ha sido casi la principal tarea política que me he dado para dismantlar este programa de silencio en que he/mos vivido. El silencio es una mordaza a deshacer, un programa en el sentido de una serie de saberes inscriptos en el cuerpo que indican cómo actuar, cómo pensar, cómo sentir. En el silencio no hay otra verdad que la verdad del aislamiento. El programa consiste en no ver ni escuchar al otro, en desestimar su representación, en transformar su palabra en una no palabra. Por ello, si perseguimos “un proyecto político común de conocimiento e intervención en el mundo”, como plantea Teresa de Lauretis, que involucra una disputa por los sentidos en el terreno de lo público, el silencio pasa a ser un programa a deconstruir, un desafío de encontrar los modos de decir a pesar de la convocatoria a callar. Podemos pensar un programa como una serie ordenada de operaciones necesarias para llevar a cabo un proyecto que, en este caso, es la heterosexualidad obligatoria. La heterosexualidad como una imposición por parte de la institución patriarcal, en tanto obligatoriedad política, que se impone como natural, correcta, adecuada y pertinente desde una ideología tácita, efectiva, y que actúa de forma imperceptible desde una aparente neutralidad.

Para cuestionar el marco de consentimiento que las propias lesbianas damos a este sistema político es necesario conectar nuestros cuerpos con términos políticos para poder reflexionar sobre lo no nombrado. ¿Cuántas y cómo hemos sido garantes de esta institución? ¿Qué contratos establecimos para vivir en esta sociedad? ¿Anudadas a qué representaciones patriarcales hemos mirado la realidad y nos hemos mirado a nosotras mismas?

Es por estos motivos que me interesa reflexionar acerca de dos asuntos que considero relevantes para desarmar ese programa de silencio inscripto en nuestros cuerpos, en nuestras vidas. Y la relevancia la considero desde la experiencia personal de estos últimos tiempos, ligada a la reflexión de otras lesbianas/feministas, en una suerte de herencia de la que dispongo y me apropio para que nuestro sentido de sí, construido sobre el silencio, se perturbe, se altere en la disonancia de sus palabras.

Por un lado, pretendo analizar el propio miedo de las lesbianas a ser lesbianas, del que creo somos poco concientes. Por otro lado, si pensamos que el lenguaje estructura la realidad y todos los mundos posibles se forjan desde y en el lenguaje, cualquier posible transformación tiene que pasar por él. Por eso, el término lesbiana es necesario ubicarlo en un lugar

fronterizo, resituándolo como lugar de enunciación que abra sentidos más que cerrarlos.

El propio miedo

“Tenemos miedo de admitir lo mucho que del mundo “del hombre” hemos integrado dentro de nosotras...Admitir el daño es peligroso. Pienso cómo, aun siendo lesbiana feminista, he querido ignorar mi propia homofobia, mi propio odio a mí misma por ser jota [lesbiana]”(Cherrie Moraga)

Disfrazar la apariencia para retirar las fotos de algún evento donde dos chicas se estuvieran besando o vos y tu pareja; decir amiga o volver masculino el nombre de tu novia; la vergüenza de solicitar una película de lesbianas; cuando vas al médico, te preguntan con qué te cuidás y le decís con nada y te quedan mirando como diciendo: “sos virgen o sos una irresponsable”; los chistes del verdulero sobre cocinarle al marido; las preguntas de los/as alumnos/as sobre el esposo y los hijos; esconderse de la mirada de vecinos/as cuando te besás; o convalidar el vacío de los/as que no preguntan.

Estas son algunas de las maneras en que, en mayor o menor medida, casi todas hemos aprendido a vivir. Pero los constreñimientos impuestos desde el exterior los hemos asumido como propios, los hemos internalizado. Este año en que he crecido en visibilidad, con reiteradas salidas del closet (en las radios, los diarios regionales, el ámbito académico, la calle), creo que más que nunca –paradójicamente-, se han rev(b)elado mis propios miedos. Una podría pensar que a mayor visibilidad menos miedo, pero no es tan sencilla la ecuación. Tal como afirma Cherrie Moraga, he experimentado “nuestra incapacidad para enfrentarnos seriamente nosotras mismas a preguntas que nos dan mucho miedo. ¿Cómo he internalizado mi propia opresión? ¿Cómo he oprimido? En lugar de ello hemos dejado que la retórica haga el trabajo de la poesía. Aun la palabra “opresión” ha perdido su fuerza. Necesitamos un lenguaje nuevo, palabras mejores que puedan describir de manera más cercana los miedos de las mujeres y la resistencia de una hacia la otra; palabras que no siempre suenen a dogma”[iv].

Uno de los lugares que genera más temor a visibilizarse es el trabajo, y más si es una escuela primaria y sos maestra. La escuela no puede escapar de la lógica moralizante y disciplinadora con la que fue fundada. Y ahí estamos las maestras, desexualizadas, o en todo caso heterosexualmente sexualizadas, deserotizadas y guardianas de la (doble) moral hegemónica. Hace dos años que trabajo con el mismo grupo de alumnas/os con una propuesta pedagógica/política orientada por la intención de crear las condiciones de escucha para hacer mi coming out en el aula, para que las niñas y niños pudieran inscribir esa experiencia de tener una maestra lesbiana en sus horizontes de comprensión. Porque en cuestiones de identidad no sólo está presente el asunto del lugar desde dónde se habla, sino también desde dónde

se escucha. Ya había avanzado en comentarlo con algunas compañeras de trabajo y con la dirección de la escuela con resultados satisfactorios. Digamos que las condiciones del contexto eran regularmente favorables para una salida del closet escolar. Ahora, había algo del orden interno que me tensionaba y desestimaba mi avance. ¿Qué me detenía? Creo que mi propia vergüenza. Esa voz secreta e íntima que te dice: “acá no es necesario”, “les puedo decir que me gustan las mujeres en vez de decir que soy lesbiana que suena tan fuerte”, “me pondría colorada”, “van a venir las mamás y los papás a decirme que les arruiné la vida a sus hijos e hijas”, “la relación con mis alumnos y alumnas va a cambiar, tal vez les dé un poco de asco”.

“... sigue siendo aterrador reconocer que he internalizado un racismo y un clasismo cuyo objeto de opresión no es alguien fuera de mi piel, sino alguien que está dentro de mi piel. De hecho, en gran medida, la batalla real contra esa opresión empieza para todas nosotras debajo de nuestra piel” (Cherrie Moraga).

A pesar de considerarme una activista lesbiana feminista que había avanzado bastante en otros campos, ese temor mezclado de vergüenza estaba ahí latente. El trayecto para ir desterrando ese temor, porque creo que cada vez que una dice “lesbiana” lo entierra un poquito, me llevó un tiempo interno de estar conmigo misma y enfrentar esas preguntas que nos dan miedo y nos vuelven vulnerables. Y ensayé algunas respuestas, algunos modos de decir que me resultaban cómodos. En ese itinerario fue fundamental el estar junto a una mujer-lesbiana con quien nos descubrimos en un nuevo amor, una relación plena de desafíos, y con la que manifestamos nuestro afecto en forma pública. Por eso, para nosotras, en esta ciudad ausente de un movimiento lésbico, cada beso o cada caricia es un acto político que dice “acá estamos y queremos vivir así”. Cada beso pensado, cada gesto previamente escrutado, cada movimiento antiguo revisado. Digamos, un proceso de crecimiento compartido. Otra cuestión fundamental en este desandar el silencio fue el encuentro con otras lesbianas activistas, es ese fluir de energías, ese algo común, ese piso de entendimiento que fortalece. Por eso trabajar sobre el propio miedo es fundamental para desarmar los modos del silencio aprendidos; porque parte de las condiciones exteriores está dada por el filtro de esos miedos, de esas desvalorizaciones, de nuestra propia lesbofobia.

El significante lesbiana

“Hablo de la concha y hablo de la muerte,
Todo es concha, yo he lamido conchas en varios países y sólo sentí orgullo por mi virtuosismo –la mahtma ghanhi del lengüeteo, la Einstein de la mineta, la Reich del lengüetazo, la Reik del abrirse camino entre pelos como rabinos desaseados - ¿oh el goce de la roña!” (Alejandra Pizarnik)

Pensamos que la lesbiana no puede existir sin una literatura propia, pero

¿qué o quién es una lesbiana?

“¿Qué significa ser lesbiana?, aunque en principio parezca fácil de responder y en la vida cotidiana el término se use sin demasiadas contemplaciones ni problemas, constituye un campo de debate que ni tan siquiera en la actualidad ...se ha conseguido resolver en el seno mismo de la crítica (feminista) lesbiana”[v]. Estoy convencida que de es a través “del feminismo que la identidad lesbiana puede ser asumida, hacerse discurso y articularse en concepto político”[vi].

Siguiendo el planteo de Lauretis, de que hablamos el lenguaje de los hombres y el silencio de las mujeres, porque es precisamente ésta la contradicción específica del discurso feminista, “perseguir estrategias de discurso que otorguen voces al silencio de las mujeres dentro, a través, contra, por encima, por debajo y más allá del lenguaje de los hombres”, es una de las motivaciones principales para indagar acerca de las posibilidades, quiebres y censuras del significante lesbiana.

La indefinición conceptual de este término, a la vez tan socialmente definido, permite revelar fuentes de significado latentes en sitios insospechados. “Una lesbiana que no reinventa la palabra es una lesbiana en proceso de desaparición”, dice Nicole Brossard. De este modo, construir una estética de ruptura con el silencio, en tanto práctica que se sigue o acción que se rechaza, poniendo en juego nuestros saberes sobre/desde la exclusión, revisando los pactos lingüísticos en los que hemos sido constituidas, es un desafío para experimentar con nuestras propias posibilidades del decir.

En este sentido, retomo un poema[vii] de Alejandra Pizarnik, quien a mi criterio, fue una exploradora aguda e incansable del lenguaje:

...pero le pasó (a Kafka) lo que a mí:
se separó
fue demasiado lejos en la soledad
y supo –tuvo que saber-
que de allí no se vuelve

se alejó –me alejé-
no por desprecio (claro es que nuestro orgullo es infernal)
sino porque una es extranjera
una es de otra parte,
ellos se casan,
procrean,
veranean,
tienen horarios,
no se asustan por la tenebrosa
ambigüedad del lenguaje

...

Fue una extranjera en el lenguaje, que dedicó su vida a aprender otro(s);
tal vez ese sea un reto provocativo para nosotras que somos extranjeras en

los modos de vida heterosexual. La lesbiana es el contraste, la pequeña huella de que se puede vivir de otra(s) manera(s). Así lo pudieron entender mis alumnos y alumnas cuando escucharon por primera vez, en el espacio del aula, que su maestra era lesbiana.

Cambiar nuestra propia vida (a modo de conclusión)

Si “la feminista lesbiana vive en un mundo complejo que reclama nuevas formas tanto para el lenguaje como para las relaciones humanas” es necesario dismantlar la autoridad del modelo de silencio y encontrar el valor en las micropolíticas de la vida cotidiana, sospechando de cada acto o acción nuestra, las que van hilando el tiempo con nuestros cuerpos, ¿qué estamos haciendo? ¿es lo que queremos hacer? ¿es lo que podemos hacer? ¿por qué? ¿podemos hacer/pensar otra cosa? ¿nos animamos a hacerlo? ¿qué nos detiene? Podemos, por ejemplo, ensayar una repetición innovadora de la lesbiana, una y otra vez, con distintos tonos y expresiones, tantas veces como sea necesario, tantas como quiera, tantas como podamos, tantas para que viva en las memorias, tantas para corroer el incisivo doblez del silencio, tantas para azotar la puerta de la casa que no nos acoge, no para entrar en ella, sino para que quienes estén dentro salgan a ver, tantas como nosotras, tantas como cada miedo que nos detiene, tantas como la vergüenza que nos concedieron, tantas para que digan que exageramos, porque para quien silencio el más mínimo sonido de una palabra le parece un exceso.

“Es mucho más fácil graduar las opresiones y crear una jerarquía, antes que asumir la responsabilidad de cambiar nuestras propias vidas.” (Cherrie Moraga)

No es tarea fácil cambiar la propia vida, pero es insustituible esa renovada libertad que impregna el aire de cada día cuando nos sacamos el pesado ropaje del silencio.

Por Valeria Flores
Lesbiana feminista
Colectiva feminista La Revuelta
Neuquén- Argentina

Notas

[i] “Señoras”, en Escritoras y escritura. Editorial Feminaria, Buenos Aires, 1992

[ii] “Sobre secretos, mentiras y silencios”, Adrienne Rich. Editorial Icaria, 1983

[iii] "Un cuarto propio", Virginia Wolf. Editorial AZ, Buenos Aires, 1993

[iv] "La güera" de Cherrie Moraga en Debate feminista Año 12 –Vol, 24
Octubre del 2001

[v] "Feminismo y crítica lesbiana: ¿una identidad diferente?", Meri Torras
en Feminismo y crítica literaria, de Marta Segarra y Àngels Carabí (eds)
Icaria, Barcelona, 2000.

[vi] "Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo", Teresa de
Lauretis. Ed horas y Horas, Madrid, 2000

[vii] Sala de Psicopatología (escrito durante su estadía en el Hospital
Pirovano –1971) en Alejandra Pizarnik Poesía completa. Editorial Lumen,
Barcelona, 2001.